



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 1066

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 25 DE MAYO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Se ha recibido un extenso surtido en sombreros de señora y artículos de niños para la presente estación, de las principales casas de París.

Calle de Palas, 2, entresuelo.
(Casa de Telégrafos).

EXTRACCION DE LA PLATA

Hace días dimos la voz de alerta respecto á ciertas gestiones hechas cerca de algunos comerciantes de esta ciudad á fin de decidirlos á que acumulasen plata amonedada para exportarla al extranjero.

Dijimos también que los indicados comerciantes se habían negado á tal negocio, porque entendían que el hacerlo significaba comerciar con las desventuras de la patria. Pero los solicitantes no se han dado á partido, es decir no han renunciado á hacer el negocio y lo han emprendido directamente por ellos mismos y por su cuenta y riesgo.

Al efecto, sabemos que han llegado á Cartagena dos ó más individuos provistos de papel en abundancia, que ha sido cambiado en la sucursal del Banco y en los comercios; habiendo reunido los explotadores de este antipatriótico negocio una respetable cantidad de metal plata.

Pero no contaban con la huéspedesa esos señores; y la huéspedesa ha sido en este caso los agentes de aduanas; que dando una prueba de patriotismo y de alto sentido moral, se han negado ayer á presentar al despacho las cajas de monedas de plata que los negociantes tenían preparadas para exportarlas al extranjero.

Las consecuencias de la negativa fueron inmediatas. En vista de que el negocio ofrecía dificultades, los explotadores del mismo realizaron en plata la plata, del mismo modo que antes habían realizado en plata el papel; y es presumible que á estas horas hayan levantado el campo, marchando a otro punto donde el patriotismo no ponga barreras á sus planes.

Lo relatado se presta á serias reflexiones y reclama una medida de oposición enérgica, pues parece que existe una conjura para hundir á España sumiéndola en un piélagos de desdichas.

Con una guerra civil en Cuba, otra en Filipinas y otra guerra internacional empeñada con una potencia que nos aventaja en fuerza y en dinero, se pretendió movernos de hambre llevándose al extranjero nuestras harinas y nuestros trigos. Si no ocurrió así debese á las disposiciones del gobierno, que prohibió la exportación de los citados productos. Ahora se trata de llevarse nuestra plata después de habernos dejado sin oro. No es bastante que los cambios hayan subido á 100 y se quiere que continúe la subida hasta duplicar aquel tipo á fin de realizar negocios pingües á costa del crédito de España, que es la vida de la nación.

Y como son muchos los que intentan chupar de ese modo la sangre del país, éste se irá agotando si el gobierno no pone coto á la criminal explotación de que lo hacen objeto esas gentes sin conciencia que ayer pretendían dejarnos sin trigo y hoy se llevan nuestro dinero por medio de operaciones dignas de general reprobación.

No creemos que haya españoles que hagan el juego á esos negociantes á sabiendas del mal que hacen; pero si los hubiera, caiga

sobre ellos el desprecio de la nación.

GLORIAS NACIONALES

Batalla de Hamecourt (Francia).

25 de Mayo de 1642.

Tomada la Basse por los españoles, á despecho de los dos cuerpos franceses de Hamecourt y de Guiche, que fueron derrotados al querer auxiliar la guarnición, que intentaron de nuevo ambos generales, marcharon unidos, á recuperar dicha plaza; mandaba en jefe en ella don Francisco de Melo, quien apercibido del intento del enemigo, puso empeño en separar á los dos caudillos contrarios, para lo cual maniobró con tal acierto con parte de sus tropas, aparentando una invasión al territorio de Boulogne que los franceses cayeron en el lazo y Hamecourt fué á colocarse en los contornos de Hesdin, en tanto Guiche se situó con 7000 infantes, 3000 caballos y 16 piezas á una legua de Chalet, donde se fortificó, apoyando su izquierda en la abadía de Hamecourt y en un bosque inmediato, el centro en otro bosque, y la derecha, bien atrincherada, cubriendo el río Escalda, su retaguardia, sobre el cual río había tendido un puente para asegurar la retirada en caso preciso.

Tan pronto como Melo advirtió el feliz éxito de su hábil estratagema, lo cual le permitía batir separadamente á ambos ejércitos contrarios, como era su intento, marchó apresuradamente contra Guiche, y después de cruzar con las debidas precauciones el Escalda al frente de sus tropas, mandó formar en orden de batalla protegidas por la artillería, que ocupó una altura dominante sobre las posiciones francesas, teniendo el mando del ala derecha el marqués de Velada, el de la izquierda el baron de Beck, el centro operaba á las órdenes de Melo, el baron de Enquetot quedó en reserva.

Trabóse á las dos de la tarde un empeñado y feroz combate, consiguiendo tras de muchos esfuerzos los españoles conquistar la colina en que el enemigo apoyaba su izquierda; tomaron los atrincheramientos de su derecha después, y, por último, el centro, que se

sostuvo por algun tiempo más, fué arrollado por Melo; pero habiendo la caballería francesa dirigido su escape por el puente que estaba obstruido por los fugitivos, fué por los nuestros atrozmente acuchillada, de la cual mucha pereció ahogada en el río.

La derrota del ejército francés no pudo ser más completa: quedó totalmente deshecho.

Entre muertos y heridos pasaron de 3200 los que tuvo; prisioneros, 3000, entre ellos el mismo general Guiche.

La mayor parte de las banderas de los vencidos, entre ellas la famosa «cortina blanca», la del Delfin y el guión del conde de Guiche, 500 bagajes y carretas de provisiones, toda la artillería y municiones, armas, caballos, etc., etc., cayeron en poder de los españoles.

Los vencedores, muy satisfechos de su importante triunfo, volvieron á la Basse; el monarca, comprendiendo la valía de tan señalado triunfo, premió debidamente la pericia del general y la bizarría de sus soldados.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

EXPLOSION DE CARIDAD

La voladura del polvorin del castillo de San Julián ha determinado un movimiento de caridad hacia las infelices víctimas de la explosión.

Con los que perecieron en el desastre ya cumplimos; en manifestación colosal de duelo fuimos tras los cadáveres á dárles cristiana sepultura y á rezar por sus almas. Resta ahora atender á los que sobreviven, á las víctimas verdaderas de la catástrofe, que no sintieron achicharrarse las carnes por las quemaduras de la pólvora ni las vieron desgarradas por el hierro de los proyectiles; pero han sentido desgarraduras en el alma más dolorosas que las heridas del cuerpo. Esos pobres seres, relativamente felices antes de que la bárbara explosión les llevara los seres queridos que eran su apoyo, véanse hoy solos, acogojados, cerrados los caminos de la vida, temerosos de interrogar al porvenir, porque las tinieblas en que se

envuelve más son para llover terrores al espíritu que para animarlo á proseguir el triste derrotero en que lo ha metido el azote brutal de la desgracia.

Hay que plagar la mano á esos infelices; es preciso encender una luz que les alumbré el camino de la vida, que les aclare el porvenir y lleve resplandores á sus almas.

La suerte ha sido mala para ellos y les ha hundido en lo más hondo, donde se llora sin consuelo y se sienten las torturas del hambre. ¡Pobres mujeres y pobres niños, las esposas é hijas de las víctimas del desastre si una oleada de Caridad no los recoge!

La caritativa Cartagena no puede permanecer indiferente ante el cuadro horrible que se ofrece á sus ojos; renegaría de su historia si tal hiciera.

Y no renegará. Lo prueba la presteza con que ha llenado la bandeja de «El Abanico».

Y lo seguirá probando hoy, contestando con una explosión de Caridad á los que le pidan una limosna para las víctimas de la explosión.

ESCENAS DEL CORSO

EL KEARSAGE Y EL ALHABAMA

Es de actualidad, á propósito del conflicto hispano-americano, recordar, lo que pueden en el mar la iniciativa y el arrojo y el valor individual.

Los cruceros del «Alabama» representan, juntos con el talento táctico demostrado por Tegoilhof en Lissa, los episodios más interesantes de las guerras marítimas de este siglo.

No carecerá, pues, de interés recordar lo que fué el «Alabama», su existencia aventurera y su glorioso fin cerca de las costas de Francia, el día 19 de Junio de 1864.

Copiamos del «Eco de París» los siguientes detalles del célebre combate:

«El «Alabama» fué construido en 1864, en Birkenhead, por los ingleses, por cuenta de los Estados Confederados del Sud y con violación de todas las leyes de la neutralidad

Iba aparejado de corbeta (brik bar-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 837

CARLOS II EL HECHIZADO

836

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 833

dor por pareceros hermosa.... ¡Ay de mí! Todo ha cambiado en pocos instantes. Venid.... acercaos mas.... arrancadme estos atavíos mundanales que solo sirven como una vana pompa para engrair nuestro orgullo.... Nada de flores.... Nada de coronas. Para vos.... Para tí, amado mio, debo estar bella aun en medio de mi agonía.

Martin no contestó, pero siguiendo el negro girón de su pensamiento, palpó los brazos y el rostro de su amada para ver si podía contener el fuego devorador que recorría todo su cuerpo; arrancó de las manos de esta la funesta carta que estrujaba en ellas, y examinó con horrible agitación la rápida mancha del veneno.

Diana iba siendo presa de excitación febril, nerviosa y terrible en que la naturaleza va sintiendo la sorda marcha de la muerte.... Luchaba entre la razón y el delirio, entre la luz y las tinieblas.

—Martin.... me abogo.... ¡Dadme igual exclamó estremeciéndose. Todo se me va oscureciendo. ¡Ah! debo aprovechar los instantes.

—¡Dios mío! gritó el joven sosteniéndola, viendo que caía inerte y sin fuerzas sobre los brazos del sillón.

—Así.... tenga al menos la felicidad de espirar en tus brazos. prosiguió Diana. ¡No es verdad que

tenta.... Despues recibí á un caballero que venía de Francia, y me traía una carta de mi padre....

—¿Y qué mas?... preguntó Martin loco de dolor.

—Besé repetidamente esta carta....

—¡Ah! todo lo adivino.... ¿Dónde está ese caballero?

—Se ha marchado.

—¿Y no lo conoces?

—No.

—Ese es el verdugo mandado por el demonio, gritó Martin horrorizado. Pero todavía puede ser tiempo.... Voy á que busquen á algunos médicos....

—No... no... amigo mio, esposo mio, contestó Diana dejando caer su cabeza.... Todo es inútil.... ¡Me muero! ...

—Eso no.... todo menos morir.

—Ma muero.... sí... El que me mata tiene contados los minutos que me quedan de vida... Soy la víctima del conde del Cisne... y no hay remedio.

Diana dejó caer la cabeza sobre el pecho de su amante. Este apretó los dientes, rodeó aquella hermosa y perfumada cabeza con sus manos, y la besó con delirio insensato.

—Mirad, continuó la infeliz joven, á quien la proximidad de la muerte revestía de una blancura deslumbrante; me había adornado con lujo y explen-

cala. Luego que la leyó, figuróse que cien rayos estallaban sobre su cabeza y partió con esa violencia que nos comunican los desastres hacia la habitación de su amada.

Así que llegó á la puerta, saltó por las escaleras, atravesó los primeros salones, hasta que penetró en aquella magnífica sala donde en otro tiempo la había retratado. Allí estaban su arpa, sus flores, sus estatuas, sus cortinajes; y allá en el fondo, cerca del intercolumnio que lo cerraba, estaba Diana reclinada en un sillón, livida como el crepúsculo, moribunda y sostenida por dos mujeres de su servidumbre.

En su pecho ardía el veneno de Otoboni, y en sus manos oprimía nerviosamente el fatídico papel que le producía la muerte.

Martin, cuando vió á su amada de aquel modo, lanzó un grito desgarrador y cayó á sus pies, porque no tenía fuerzas para sostenerse.

—¡Diana!.... ¡Diana mía! exclamó llorando de dolor, de rabia y desesperación.

—¡Martin! contestó la hermosa dama estrechándolo con sus blancas é crispadas manos.

Despues de estas exclamaciones, que se disiparon entre suspiros dolorosos, se miraron con todo el sereno y el terror que les inspiraba aquel momento